

José de Belén

Gonzalo Rodas Sarmiento

(tercera parte)

9.- José y el nacimiento

Estaban haciendo un censo, con toda la complicación que eso significa. Se supone que era para facilitar el cobro de los impuestos. Una trompeta anunciaba al mensajero real, quién se paraba en cada esquina y desenvolvía el rollo para leer una vez más el latoso edicto, que después pegaba en una muralla.

Por eso, y muy a mi pesar, tuve que planear un viaje a Belén, mi ciudad natal. Quise dilatar el asunto, pues María estaba embarazada, probablemente de unos ocho meses.

-Me voy ahora mismo y alcanzo a volver para cuando el niño nazca - manifesté, no muy convencido, pues no quería separarme de María ahora que se acercaba el alumbramiento.

-¿No irás sin mí? -entre que aseveró María y preguntó sin esperar respuesta, porque no admitiría que me fuera sin ella.

María no necesitaba ir, pero insistió en acompañarme y me explicó que quería que estuviera con ella su tía Isabel cuando naciera el bebé y también las últimas semanas antes de tenerlo.

-Tendríamos que habernos ido antes.

-Estaba esperando que se mejorara mi mamá, pero ya no será posible que ella nos acompañe.

-Cleofás, ¿qué opinas? -pregunté a mi cuñado.

Si van a ir a Belén, cuanto antes será mejor. Vayan tranquilos.

Una vez más puse mi oreja en el vientre de María y escuché unos ruidos como si el niño ya quisiera hablar. Me emocionaba imaginar cuando naciera. Sería un niño hermoso. Mi mujer se reía de mi entusiasmo, mientras yo improvisaba una canción para ese niño Dios que se estaba gestando.

-Hijo esperado -le cantaba-. Bendición del Altísimo. Suspiro de Dios que pasas como el viento.

-Jacob, ven acá a sentir a tu hermanito -llamé a mi hijo pequeño para integrarlo en esta espera, no sea cosa que vaya a sentir muchos celos después.

No sólo vino Jacob, sino también vinieron las dos niñas, que siempre andan juntas. Ayudaban mucho en la casa cuando María tuvo que estar tranquila.

-¿Por qué tengo que estar tan tranquila?, si no me va a pasar nada.

Mi suegra nos miraba con alegría desde su cama. Ella no pudo acompañarnos a Belén porque estaba enferma. Además, no necesitaba ir ella por lo del censo, ya que es mujer. En un momento en que conversamos, como en los viejos tiempos, me contó que al principio el Señor no los encontró preparados para criar a María, y por eso tardó en enviarla. Ana y Joaquín tuvieron que ayudar al

desarrollo del carisma que ella traía. Ana siempre se ha dejado guiar por Dios. Le fascina obedecerlo. Intenta las escuchas más extrañas. Me contó que sus padres eran muy piadosos, y eso que tenían dinero. Por su descripción, me parecieron perfectos. Ellos le eligieron a Joaquín por esposo.

-En ese tiempo fui sumisa -recuerdo haberle escuchado-, no me rebelé porque sentí que era el Altísimo quien lo estaba disponiendo.

Por ningún motivo, mi mujer aceptaba estar sin mí cuando naciera el bebé. A tal punto fue así, que lo discutimos entre todos, y finalmente estuvimos de acuerdo en que había que partir al día siguiente, temprano, y de ese modo el parto ocurriría cuando estuviéramos bien instalados en Ein Karem, después de inscribirme en Belén.

Decidí llevar los dos burros, uno para María, y el otro para acarrear nuestros enseres y los odres llenos para beber, ya que en el camino no había mucha agua, al menos los primeros dos días. Llevé algunas herramientas por si nos quedábamos más tiempo. En un caso así, tendría que trabajar. Siempre acarreo elementos de trabajo para donde voy. Supuse que cuatro días iba a durar la travesía, y que el niño no iba a nacer tan pronto.

La preparación del viaje no nos tomó mucho tiempo. Josetos, mi hijo mayor, nos acompañó, pues él también tenía que empadronarse. El se encargaba de llevar el ronzal que tiraba del burro en que iba sentada María. Traté de que ella estuviera cómoda, pues había que atravesar el desierto.

Partimos en una caravana, de las muchas que estaban saliendo en esos días. Poco había alcanzado a avanzar nuestra caravana cuando nos quedamos atrás, ya que María necesitaba descansar muchas veces. Nos decían que nos volviéramos, y creyeron que eso hicimos.

Después del primer día de viaje llegamos hasta un lugar acogedor, al pie de un monte, y ahí instalamos campamento junto al río. María se sentía bien, pero estaba cansada. Puse mis manos en su crecida barriga para sentir al niño, que de repente pegaba unas leves pataditas. Le canté como acostumbro a hacerlo, y María me acompañó con su preciosa voz. También Josetos se incorporó a la canción. Nos sentíamos felices. Abracé a María y muy pronto nos dormimos.

Al día siguiente nos alcanzó otra caravana, y tratamos de permanecer en ella, el mayor tiempo posible, por seguridad. Sin embargo, eso nos duró sólo unas horas. Muchas veces tuvimos que descansar en el trayecto, y éste se me hacía eterno. Yo, siempre adelante. Más atrás, Josetos tirando al burro que llevaba a María. La travesía por el desierto era sofocante.

Menos mal que pudimos unirnos a otra caravana que venía más retrasada. La gente se quejaba de Herodes y lo maldecía, excepto cuando se cruzaba una patrulla militar, que habían varias, de soldados a caballo. Sin ser judíos, estaban al servicio del rey judío el cual a su vez, estaba al servicio de los romanos.

De vez en cuando yo miraba hacia atrás y veía el rostro de María. A veces estaba sonriente, y a veces apenada. Después, volvía a sonreír. Me llamó tanto la atención, que le pregunté:

-¿Cómo estás, María, te pasa algo, que sientes alegría y pena?

-Es que veo dos pueblos, alternadamente -me respondió-, uno que llora y otro que se regocija.

-¿Cómo es eso? -le pregunté entusiasmado.

-El que se lamenta es nuestro pueblo de Israel que, a pesar de estar en la luz, la gente no la percibe. Parecen no tener ojos para ver.

-Ese es el de hace un rato. ¿Y el de ahora?

-El pueblo optimista es uno que aún no ha conocido a Dios. Están acostumbrados a las tinieblas, pero a la más mínima claridad se alegran porque están empezando a ver.

Fue un viaje largo y empecé a temer que el alumbramiento llegara en descampado. Y pensaba en eso que me dijo María acerca de los dos pueblos. De hecho, no es que hayamos estado viendo algún pueblo. Sin embargo, ya sé que ella habla en imágenes. El hijo que nacería, ya le estaba dando alegría anticipada. Y según avanzaba en su visualización, llegaba al momento ineludible del sacrificio. Los profetas habían hablado de este niño que vendrá y que deberá entregarse en sacrificio.

En las frías noches, cuando llegábamos a algún poblado se encontraban copadas todas las disponibilidades de hospedaje. Hasta las casas se llenaban. Vi mucho egoísmo entre los viajeros, por lograr un cupo. Incluso había que pagar a la gente lugareña. En algunas noches conseguimos casa.

Con tanta lentitud, no nos alcanzaron los víveres. Yo me recriminaba “¿cómo pude ser tan poco previsor?”. Unos esenios, vestidos de riguroso blanco, nos convidaron comida. Ese era el sector en que vivían, alejados, ensalzando la verdad y la justicia, ayudando a los pobres. No comen carne, y practican la castidad. Hasta encontré razonable que en Nazaret algunos me digan que soy esenio. De todos modos, no sé muy bien todo lo que significa ser esenio.

He aquí que soy casi esenio. Por lo menos, estoy agradecido de ellos. Los sacerdotes los odian. Yo no veo motivos.

Varios días después de salir de Nazaret volvimos a llegar a la orilla del Jordán, por el vado inferior. Era impresionante admirar la belleza del río, a lo lejos, parecía un hilo de plata. Dos veces tuvimos que cruzarlo, hacia allá y hacia acá. Una de ellas resultó difícil porque el río venía tan crecido que los burros se asustaron. Mientras se pudo, nosotros seguimos a los que continuaban por la orilla, río abajo, hasta internarnos en el desierto, nuevamente.

Faltando un día para Belén, salimos al alba. María caminaba con mucha dificultad. La puse sobre el burro. El sendero iba a veces por el borde mismo de un acantilado. Lo único que yo quería era llegar pronto. Pasamos por momentos de niebla, momentos de viento. Ibamos tan despacio que nos alcanzó otra caravana.

Un poco antes de llegar hicimos el último descanso, después del mediodía, a corta distancia de Jerusalén.

Cuando vi un árbol, único, aislado, no es que lo conociera tanto, pero supe que estábamos cerca. Ya tenía prácticamente a la vista el pueblo de Belén, tan conocido para mí. María empezó a tener contracciones. Nuestro bebé también estaba próximo. Menos mal que llegamos pronto al pueblo. A la entrada estaba la posada principal, a la vera del camino, amplia, con lugar para camellos y asnos al medio, edificaciones a los lados. Primero, temí que fuera excesivamente caro el alojamiento, pero cuando me enteré de que estaba todo lleno, eso fue mucho peor. El tiempo seguía transcurriendo.

Mis hermanos también tenían la casa llena, con tal de ganarse unos pesos. En ninguna posada encontré lugar. Todas las habitaciones de Belén estaban ocupadas. Al regresar al patio de una de las posadas, me indicaron que, para poder recibir más gente, habían acondicionado los establos que habitualmente se usan para los animales de las caravanas. Fui orientado a ir hacia allá, y me aseguraron que los pesebres habían sido aseados prolijamente. Tuvimos que dejar los asnos en

un lugar precario que habían dispuesto para ello. Eso sí, llevé conmigo todos nuestros bultos, hasta que pudimos instalarnos en lo que había sido un pesebre. Después de todo, fue una suerte haber conseguido por lo menos algo que servía de refugio.

Probablemente el niño se estaba adelantando, o quizás calculamos mal el tiempo que faltaba cuando María dejó de tener su período.

-Le cantamos tanto, que el niño quiere nacer pronto -bromeé para relajar un poco la situación.

Puse a María en el pesebre, lo más cómoda que me fue posible, y le dije que se estuviera tranquila, mientras yo buscaba una partera. Mi hijo se quedó con ella, y yo fui al pueblo. Le dejé instrucciones a Josetos para que consiguiera agua y le lavara los pies a María. Y también un poco de leña para hacer fuego.

No era fácil encontrar una matrona hebrea en Belén, estando ya en el atardecer. Rezaba para alcanzar a llegar a tiempo, agradeciendo el estar en mi pueblo, en tamaña emergencia como la que teníamos. "Haz que tu hijo se aguante otro poquito, que ahí se está muy bien" decía yo al Altísimo.

Amo mi ciudad natal, y he aquí que estaba volviendo en estas condiciones, y muy asustado por la responsabilidad que tenía. Encima, me estaba saliendo todo mal. Ya veía que echaba a perder la obra de Dios. Yo sabía que ese niño era importante, y que venía a salvarnos. Siempre traté de descubrir qué es eso de salvarlo a uno.

El cielo rojo de nubes me hizo recordar ese antiguo sueño en que el tiempo parecía detenerse. Eso estaba necesitando yo en ese momento. Que todo transcurriera muy lento para darme tiempo.

Golpeé la puerta donde antes había una matrona, la que atendió a Salomé, mi primera mujer en algunos de sus partos. Me dijeron que ya no está en Belén. Fui donde otra, que atendió otros partos de mi mujer.

-Ella no se encuentra, pero le puedes dejar recado -me respondieron.

-No. La necesito ahora. A ella u otra matrona.

-Hay una en la otra cuadra, que trabaja mucho con mi hija.

Para allá fui, según las indicaciones. Encontré una mujer muy joven, que sabía de partos porque había estado en más de alguno. Me puse contento, pues fue casi milagroso encontrar tan rápido una comadrona. Se llama Salomé, como mi primera mujer. Con esta joven nos dirigimos a nuestro establo, cuando ya era de noche.

Salomé examinó a María, que miraba hacia lo alto y rezaba. Yo seguía contento, pero a la vez muy asustado por la responsabilidad que se me venía. Me sentí un poco torpe y con miedo a que las cosas me salieran mal. Quería apoyar en lo que pudiera. Preparé un fuego que nos diera luz y calor. No me fue fácil, pues no tenía piedra de pedernal. Encontré una roca suficientemente dura, y también una buena cantidad de yesca seca. Con la ayuda de un cuchillo intenté encenderla durante largos minutos, hasta que resultó.

Tomé la mano a María, y sus dedos se aferraban a mi brazo. Sólo unas pocas horas más tardó el niño en nacer. Yo estaba algo angustiado, pero todo salió bien. Hasta nos visitó la luz de la luna. Tuve una gran emoción cuando la matrona cortó el cordón que unía al niño con su madre, y después sentí algo muy especial cuando vi al bebé en sus brazos. Y me lo estaba pasando a mí. Era un niño hermoso. Entonces, tuve la seguridad de que todo iría bien. Supe que yo estaba al servicio de

mi hijo, si podía llamarlo así. De hecho, me gusta decirle así. Siempre lo he visto como un hijo.

Eramos todos una sola felicidad. Hablábamos en voz alta, salíamos afuera y volvíamos. Unos pastores se extrañaron y acudieron trayendo leche y queso. Nos alegraron mucho, y nos pusimos a cantar alabanzas a Dios, mientras María daba el pecho a nuestro bebé. Era una legítima fiesta. Encendí una lámpara de aceite y la puse en el lugar más visible, pues era el primer día de Janucá.

Yo empecé a ser el hombre más feliz del mundo. Todo había salido bien. Ya podía cantar directamente al niño nacido.

La partera se despidió emocionada y con gratitud por haber ayudado al nacimiento del hombre que venía a salvar al mundo. Así lo dijo. Tal cual. No sé cómo lo supo, pero antes que yo alcanzara a darle las gracias y preguntarle cuánto le debía, ella ya estaba agradeciéndome, con lágrimas en sus ojos, porque se daba cuenta que había participado en algo grandioso.

Como no quiso cobrarme nada, le regalé una figura de madera, hecha por mí, de ésas que siempre ando trayendo. Justamente, era una que representa un niño. Salomé se fue dichosa.

10.- José y el anciano

Después que nació Jesús nos seguimos quedando en Belén. Nos acogió la viuda de un hombre que fue sirviente en la casa de mi padre. Era una casa chiquita, muy pobre, y ya estaba en mal estado, pero nos recibieron bien. Ahí estábamos viviendo aún, cuando al octavo día de nuestro bebé tuvimos que llevarlo al templo para hacerle la circuncisión.

A partir de ese mismo día, ya pudimos cambiarnos a la casa de mi tío, pues se le desocupó una habitación en la que había acogido a unos viajeros que vinieron a Belén a empadronarse. El tiempo pasó muy rápido, y sin darnos cuenta llegó el día del rescate, y fuimos al templo, nuevamente. Llegamos después de una larga caminata, y se nos acercó una anciana llamada Ana, una conocida vidente galilea que acostumbraba a andar por ahí esperando conocer a un niño que llegaría a ser conductor espiritual. La consideraban poco menos que loca. Cuando vio a Jesús se sintió realizada. Ciertamente, veía más que lo que vemos el común de los mortales.

La mujer se postró hasta tocar el suelo con la frente y después se levantó y le sonrió al niño. María la reconoció inmediatamente. Muchas veces la vio, años atrás, cuando vivía en el templo. Se pusieron a conversar, y en eso estuvieron unos minutos. Ana nos pidió que por favor no nos moviéramos de ahí. En seguida, fue a llamar a otro anciano, Simeón, quien al igual que ella, acostumbraba a pasearse por los patios del templo. Pronto estuvo Simeón también con nosotros. Llegando, dijo estar viendo un resplandor alrededor del cuerpo de María. Le creí, porque yo también he visto ese resplandor en ella, en muchas ocasiones.

También vio un resplandor en Jesús, y se fijó en sus ojos.

-Por fin lo hemos encontrado -dijo con fascinación. A María le dijo "llena de gracia". Creo que eso es lo mismo que le había dicho el ángel. María me lo contó impresionada, hace algún tiempo.

Simeón tenía una percepción muy especial. Y se dejaba guiar por Dios. Pensar que lo debo haber visto muchas veces antes, y nunca me fijé en él. Sus muchas oraciones lo acercaban enormemente a Dios, y se daba cuenta de cosas que pasaban inadvertidas para todos los demás. Simeón, sin embargo, esperaba un

salvador terrenal que rompiera cadenas de hierro, y no las cadenas de lágrimas. A Simeón no le cupo ninguna duda que aquel niño era el salvador esperado. A nadie se le ocurrió preguntar cómo lo supo. Hasta tal grado era la certeza, y la razón de estar ahí. El no sabía por qué fue ese mismo día y a esa misma hora al templo. Pienso que la oración lo condujo.

-Este es el día más feliz que me ha tocado vivir -dijo Simeón.

Miraba a Jesús largamente, teniéndolo en sus brazos. Era una estampa de misterio y encanto. Yo me maravillaba de cómo algunos veían algo extraordinario en Jesús. Es algo que yo había aprendido pero otros lo percibían al verlo, simplemente.

Simeón cantaba sus oraciones y las que le enseñaba su amiga Ana. Yo estaba asombrado.

-Niño que has venido a establecer el reino del Altísimo, para salvación de todos -decía Simeón cantando su alabanza-. Eres luz en las tinieblas.

Era necesario para su tranquilidad espiritual no perderse a Jesús. La promesa de Dios estaba cumplida. ¿Cómo sería la oración de este hombre, para haber logrado una particular promesa de Dios? Yo me admiro de esa intensidad de acercamiento. Tiene que haber sido una alabanza grandiosa. También supo Simeón de un gran dolor que vendría para la madre de Jesús. Este era un viejo sabio, pues todo lo conocía. Esta escena me impresionó tanto que después la conté a mis amigos, y a mis hijos y a mis nietos. Todos quedaron asombrados. Supongo que Simeón tiene una cantidad de obras interesantísimas y desconocidas para todos. No quise preguntarle nada.

El anciano anunció que muchos se rebelarán y se irán tras la voz de la contradicción.

Llegaron algunas personas, y se ubicaron en torno nuestro, pendientes de cada palabra, con respeto por Simeón, y curiosidad por nosotros.

-Ya puedo morir tranquilo -dijo, en paz y alegría- porque he visto a este hermoso niño que el Señor ha enviado para la salvación de todos los pueblos.

No era primera vez que yo tenía en cuenta el destino de nuestro niño. En cambio, era la primera vez que se lo escuchaba decir a alguien, como un profeta. Sin duda, este hombre tenía poderes especiales. Lo acogí de buen grado.

De pronto, a Simeón le cambió el semblante. Se puso serio, casi triste.

-Una espada te atravesará el alma -le anunció a María y, acto seguido, se alejó sollozando.

No quise preguntarle acerca de esa espada, para que la frase pasara más suave, sin que nadie destaque lo que no me gustó escuchar. Igual, María captó perfectamente y le quedó una aprensión por el asunto de la espada, pero ella estaba dispuesta a cualquier cosa. Para María, el anuncio de la espada llegó como si fuera algo nuevo pues quería creer que estaban superados los obstáculos. Jesús ya estaba en el mundo, pero, no, . . . algo falta aún. Supongo que un niño Dios no será bien recibido por todos. ¿Alguien querrá hacerle daño? He de prepararme para lo que pueda venir. Esta misión que tenemos no será siempre tranquila.

11.- María en su purificación

Me molesta que los sacerdotes me digan que estoy inmunda por haber parido. Es que eso no puede ser. Es insultante para mí y para el bebé. No me considero sucia, y ninguna madre debería considerarse sucia. Los sacerdotes

tienen un cuidado extremo de que yo no vaya a tocar nada sagrado. Si supieran que he dado a luz a un hijo de Dios, ¿qué dirían? Especialmente desagradable fue sentir este rechazo cuando, a los ocho días de nacer el niño, lo llevamos a Jerusalén, que está cerca de acá. Es un viaje muy corto. Fuimos al Templo para que le practicaran la circuncisión a Jesús. Ahí fue que le pusieron su nombre, el que Dios eligió para él. Ha de ser una persona grandiosa. ¡Qué responsabilidad! Todo va bien hasta el momento.

Un poco antes, a los tres días del nacimiento, ya me sentí como para salir del establo, que no estaba tan malo porque teníamos calorcito para el niño. José consiguió con una viuda pobre que compartiera con nosotros su pequeña casa. Ahí estuvimos unos días, hasta que pudimos irnos donde unos parientes de José en Belén, por todo el tiempo que queramos, pues nos recibieron con los brazos abiertos, con mucha generosidad, y si no lo hicieron antes fue porque tenían la casa completamente ocupada con huéspedes que habían venido por lo del censo.

Ahí tuve más comodidad para cuidar a Jesús, cambiarle los pañales, darle el pecho, y tantas cosas que se le vienen encima a una al tener un bebé. Con José decidimos quedarnos más tiempo, hasta que Jesús esté un poquito más grande.

-Amo la callada quietud -dijo José, una tarde en la plaza, mientras jugábamos con las manitas de Jesús-. El silencio me habla.

El silencio de José es el de la persona que escucha a los demás y mide cada palabra con prudencia. Es un silencio para meditar y conocer la voluntad de Dios. José tiene una vida interior profunda, que le proporciona alegría.

-¿Venías a menudo por acá, cuando vivías en Belén? -le pregunté.

-Cuando era bien chico venía siempre a las diversiones musicales. Después que crecí, pocas veces acompañé a mis hermanos menores.

Le conté a José que mientras estuve en el Templo leí mucho acerca de las profecías. Y ahora me pregunto en qué forma está viniendo Jesús. Por cierto, no en la forma que la gente esperaría.

¿Qué tendré que enseñarle? Mucho he de orar en los próximos años. Espero no echar todo a perder. Tendré que tener paciencia e imaginación, y estar muy atenta a sus preguntas. Menos mal que José tiene un don especial con los niños. El será fundamental en esto, pues yo sola no podría.

¿En que forma se enterará de quién es? Yo no le puedo decir nada. Dios se lo dirá. ¿Y cómo sabré cuándo se lo dijo, y cuándo todavía no? ¿Será de a poco, o de repente todo en un mismo día? Sólo puedo entregarme a Dios y escuchar su voluntad. Y que me perdone los errores que yo cometa.

-José -le dije a mi marido, sacándolo de sus pensamientos.

-¿Sí, mi amor?

-Como padre terrenal de Jesús, eres la imagen viva del santo espíritu de Dios.

-Nunca tanto -exclamó con modestia.

-Sí. Una imagen del Espíritu que me fecundó como un esposo espiritual.

-Y tú, María, eres la imagen viva de la dimensión creadora de Dios.

-¿Qué?

-Sí. De tu carne fue creado el cuerpo de Jesús.

Nos besamos con ternura. Seguí reflexionando y comprendí que Jesús es el amor de Dios.

Un mes después de la circuncisión cumplimos con el rito de presentar al niño en el Templo. Junto con la Presentación teníamos también que pagar el rescate, por tratarse de mi hijo primogénito, y por lo tanto, perteneciente al Señor.

-Cuando Dios cierra el camino normal delante de un hombre, talvez le quiere enseñar algo -le dije a José, que estaba preocupado por la falta de dinero.

José sonrió, y continuamos avanzando hacia el pórtico del Templo, el que da a la ciudad, y es menos suntuoso que el pórtico de Salomón y que el pórtico real. Habitualmente, está ocupado por puestos de vendedores y por las mesitas de los banqueros y cambistas. Estos tienen que pagar mucho dinero para conseguir un puesto ahí. Los vendedores están al acecho de las personas que vienen a hacer una ofrenda.

En el atrio, José vendió el anillo familiar, después que el cambista subió la oferta varias veces. Con una parte de ese dinero compró un par de tórtolas grises. Tomé en mis manos la jaula, que era pequeña.

Después de la presentación fuimos al lugar de las purificaciones. Considero que es un trámite fastidioso, pero siendo un ritual no faltaré a él, pues los ritos tienen su importancia. Ya estaba pasado el día 33 en que termina de renovarse la sangre, y esto porque tuve niño. No entiendo por qué el tiempo sería el doble en el caso de haber tenido niña. En el atrio de las mujeres hicimos la ofrenda de la purificación, ya que en el de los israelitas sólo pueden estar los hombres.

Con dos tórtolas es suficiente para los que somos pobres. Una para holocausto y otra para expiación. Entregué la jaula, con gran dolor porque ya sabía lo que iba a pasar. El sacerdote sacó primero uno de los pájaros y le cortó el cuello. Puso el cuerpecito sobre el ara. Era un charco de sangre horrible.

El holocausto es la ofrenda que hace el sacerdote sobre la leña encendida del altar, empezando por la cabeza de la tórtola. La sangre salpicó sobre la pared del altar. Después, el sacerdote le sacó el buche y las plumas, y las tiró junto con las cenizas que van a la basura. Dice que el olor es grato a Jehová. No me queda más que creerle.

Después vino la expiación. Con una gota de esa sangre sobre mi cabeza, estando yo arrodillada, el sacerdote me purificó y después me dijo una oración con las manos levantadas sobre mí. Le ofrecí al Altísimo esta purificación para estar en condiciones de cuidar a Jesús.

12.- Melchor

Nos pusimos en marcha porque ya empezaba a esconderse el sol. Durante algunas horas de calor habíamos estado descansando. Nuestra estrella se perfilaba apenas en un cielo que contenía todos los colores en tonalidades cambiantes.

-Dentro de poco veremos al Enviado -gritó eufórico Baltasar. Los demás estuvimos de acuerdo, y también nos pusimos contentos. Yo estaba absolutamente seguro que nuestro largo viaje sería premiado con el éxito.

Baltasar es el más joven del trío. Es un hombre muy rico, príncipe de la estirpe de los partos, estudia a Zarathustra y también es muy entendido en el lenguaje de los astros. Prácticamente, él nos financió el viaje, ya que Gaspar y yo somos pobres. Y por si fuera poco, es el que aporta la fuerza física a nuestro grupo. Estamos muy compenetrados los tres, aunque partimos sin conocernos mucho.

Miro a mi camello y me da risa. Parece que hablara cuando gruñe. Yo le contesto con otro gruñido, poniendo la boca igual que él. Baltasar se ríe, mientras

Gaspar me mira moviendo la cabeza. Gaspar es el más viejo de nosotros, un gran astrólogo, increíblemente sabio.

Yo me llamo Melchor. Mi edad de cuarenta años es intermedia entre las de ellos. A mí me consideran sabio en la corte. No saben lo que dicen. Sólo me dedico a restaurar el libro santo, destruido en las guerras. Es que me encanta leer. Hay ahí conocimiento de muchos siglos, de diferentes materias. Hasta matemáticas que no las entiendo en absoluto. Somos estudiosos de los astros, pero no de los números.

Vivimos en lugares distintos, en la parte oriental del mundo poblado. A Gaspar lo conocí por tratarse de una persona de cierta fama. Desde hace muchos años que le envió cartas con los mercaderes, consultándole materias que son de su conocimiento. En cambio, de Baltasar sólo había escuchado hablar un poco. Supe de él a través de un conocido común, que cuando le mencioné mis inquietudes se acordó que un Baltasar le había hablado también de eso. Con este mismo conocido le envié un mensaje. Se me ocurrió que sería bueno reunirnos, y también con Gaspar.

Siempre estoy en búsqueda, leyendo, escribiendo y tratando de contactarme con los que saben. Quiero llegar a entender todo lo que aún está por descubrirse. En el fondo, necesito encontrar ese punto lejano desde el cual vine un día, y al que he de llegar nuevamente.

Buscando en mis muchos libros, leí que al final de los tiempos aparecerá un hombre muy especial, enviado por la divinidad para enseñarnos a vivir la vida, cosa que todos deberíamos haber aprendido ya, y no lo hemos hecho. Será el que es esencia de la verdad, un maestro salvador, que está por nacer en un país lejano de occidente. Allá es donde he querido ir, dejando a mi familia por un tiempo. Mis sirvientes son muy fieles, y además, les encanta viajar.

Una nueva estrella es la señal que anuncia la venida del Enviado. Cuando consideré que podría estar llegando el momento, me puse en contacto con Gaspar y Baltasar. Todo esto, a lo largo de varios meses en que las caravanas iban y venían, y ahí poníamos nuestras misivas. Entre los tres decidimos buscar un recién nacido, en el lugar indicado por la estrella. El que será el rey de reyes. El que gobernará sobre todos los reyes. Durante algunos meses nos preparamos para el viaje.

Existen muchísimos magos como nosotros, pero casi ninguno tiene inquietud por el salvador del mundo. Los tres que estamos acá somos los únicos que la tenemos, al parecer. Hay un porvenir escrito, el destino de la humanidad. Desde tiempos antiguos estaba pronosticado que vendría al mundo un salvador cuando se cumpliera una determinada situación entre las estrellas, la que además, se supone que ha de evolucionar indicando una dirección. Cuando empezó a ocurrir eso, logramos ponernos de acuerdo para emprender juntos una aventura que nos fascinó.

Cada uno de nosotros quiso hacer este viaje. Quedamos de encontrarnos en el oasis Ahvaz. Fui el primero en llegar hasta allá, instalé mi tienda y me puse a esperar con paciencia. A los cuatro días llegó Baltasar, y dos días después, Gaspar. Ahí conversamos mucho, de astros y de revelaciones. Lo que tenemos en común es que algo entendemos del lenguaje de los astros.

Así fue como iniciamos nuestra aventura. Fueron cuatro meses en camello. Atravesamos el desierto entre el Eufrates y Siria, llegamos a Haleb. Bebiendo agua de camello, como decimos nosotros, en la jerga del desierto. Recorrimos el trayecto hasta Damasco y hacia el sur, continuando por la orilla del Mar de Galilea y del río Jordán.

Venimos siguiendo la indicación de las estrellas. Pasamos horas enteras mirando al cielo en la noche, a la vera del camino. Es algo que me maravilla, y lo digo con alegría. Comparo cada noche con la anterior, mientras Gaspar calcula por donde hemos de seguir. No dispone de todos sus instrumentos, sino sólo los pocos que pudo traer, pero igual obtiene resultados.

Después que cruzamos el vado cerca de Jericó, las señales estelares nos indicaron en forma muy clara la dirección a seguir.

-Viajaremos hacia Jerusalén -dijo Gaspar, indicando con su mano-, aunque no es exactamente el pueblo que tenemos que encontrar. Está cerca, y ahí pueden ayudarnos.

Esto de ir en pos de una estrella luminosa que nunca alcanzaré me enseña a vivir la vida. Las estrellas luminosas no fueron puestas para que lleguemos a ellas sino que para tener un rumbo y echar a andar. Igual que todos esos sueños imposibles que también tengo y que jamás alcanzaré. Me muestran cómo caminar.

Respeto mucho a Gaspar por su experiencia y sabiduría. Él piensa ya en la muerte. Y nos habla de unas profecías que él conoce, en que aparece la muerte de aquel hombre en que se convertirá ese niño que andamos buscando.

Al llegar a Jerusalén ya empezamos a ver gente que nos miraba raro, pues no sabían quienes éramos. Causamos gran conmoción en la ciudad. Visitamos una sinagoga porque queríamos conocerlas. Me extrañó mucho que no tuvieran imágenes, ni pintadas ni esculpidas. Faltaba arte religioso en Jerusalén.

Preguntamos en el mercado por algún niño nacido, uno que estaba destinado a ser muy importante.

A Baltasar se le ocurrió preguntar por el "rey que ha nacido". No fue muy afortunada su frase, que no tardó en llegar a oídos del rey Herodes. Este se preocupó tanto, que nos mandó a llamar a la corte.

El rey estaba muy enfermo, y ya había escuchado antes, que los judíos esperaban un Mesías. Me llamó la atención que Herodes tenía el pelo visiblemente teñido. Aunque él no quería que nadie se diera cuenta que estaba enfermo, para mí fue de una evidencia clarísima. Estaba rígido en el trono, transpirando, con los labios apretados y las mejillas temblorosas. Unos sirvientes le hacían aire con abanicos.

Le expliqué a Herodes en forma muy simplificada lo de nuestras estrellas. Solamente le dije que se habían visto juntas la estrella de la realeza y la estrella de la fortuna. No le mencioné que carecen de luz propia, ni que reflejan la luz del sol, ni menos aún, osé decirle que eso mismo ocurre con nuestro mundo que habitamos. Si hubiera incurrido en tamaño desatino, no creo que habríamos salido vivos de ahí.

-En estos días parecen una sola estrella brillante que se mueve con cierta orientación, de manera de indicar el lugar en que ha de nacer el gran niño -le dije, simplemente. El se reía mucho con mis explicaciones. También yo reía, para hacer amistad, y para no tener que entrar en profundidades.

Tampoco le dijimos que, según las antiguas escrituras, todo esto significaba la aparición de un rey poderoso en Judea. Nos limitamos a hablar de un hombre de mucho carisma, y que tendría seguidores. De todas formas, Herodes no entendió mucho.

-Vosotros os equivocáis de país -dijo Herodes-. Consultaré con nuestros sabios.

-Los tres coincidimos en nuestros vaticinios, en gran medida -afirmé-, aunque con algunos matices distintos y nos pusimos en contacto para viajar a esta zona a conocer al niño que había de nacer, según dichas predicciones.

El rey nos dijo que nos quedáramos en la ciudad, y él averiguaría acerca del niño que buscábamos. Más aún, nos alojó en el palacio y prometió comunicarse con nosotros dentro de un día o dos. Lo noté atemorizado y no supe de qué.

Llegaron los sabios ante Herodes. Varios doctores de la ley, y algunos de los llamados fariseos, avergonzados de estar ante tanta magnificencia. También venía el anciano Hillel, hombre muy respetado en el reino. Herodes consultó a los maestros de la ley, qué sabían de todo eso.

-Las creencias de los discípulos de Zarathustra son un eco de nuestra esperanza de un Mesías. Y acá hay algunos que sienten que el tiempo está cerca -el maestro Hillel dijo a Herodes.

Las profecías de este pueblo hablan de lugares. Hillel citó una de un profeta llamado Miqueas : “y tú Belén, no serás la última entre las ciudades de Israel porque de ti saldrá el Señor, cuyo origen está en el principio, y que se pondrá de pie para guiar a su rebaño”. Cuando me la leyeron me admiré de la manera cómo nuestras culturas se complementan.

Herodes nos dijo que fuéramos a Belén y volviéramos a contarle. Insistió en que él también acudiría entonces.

Después, cuando conversamos entre nosotros, Gaspar me manifestó su recelo respecto a la actitud de Herodes. Baltasar y yo también sospechamos algo turbio.

-¿Por qué ese miedo de Herodes? -pregunté.

-Quizás siente que le tiembla el piso -observó Baltasar.

-Un niño rey, aun no se sabe bien qué es eso. . . , pero Herodes siente inseguridad.

-Un bebé desconocido le hace sombra -dije riendo.

En Belén nos dispusimos a investigar para dar con la ubicación del niño. No nos fue tan fácil, pero con un poquito de inteligencia, y con la buena voluntad de la gente, poco a poco fuimos ubicándonos hasta que dimos con la familia del niño. La estrella nos guió hasta una puerta.

Vimos un niño de un poco menos de un año, con un vivo resplandor en torno suyo. Al verlo, nos miramos los tres, y nos postramos en el suelo a adorarlo. Jesús es su nombre. Le besamos sus piecitos, y a Jesús le daba cosquilla.

El padre del niño salió a recibirnos. Es un carpintero llamado José. Uno a uno nos presentamos y Gaspar le explicó el motivo de nuestra visita. José nos acogió con júbilo y nos presentó a su joven mujer, María.

Baltasar, que tiene muy buena situación, trajo unas monedas de oro, y se las entregó a José. Gaspar, el anciano que piensa en la muerte, le entregó un frasco de mirra a María. Los antiguos persas ofrecían esto mismo a su dios. Yo traje incienso en un pequeño saco y se lo di al niño, que apenas lo pudo levantar y trató de descubrir a qué podía jugar con ese asunto. Se reía, y nosotros también.

Baltasar dijo a María, la madre, “Has dado a luz a un niño que ama a Dios”. Gaspar agregó “Un niño que es amado por Dios”. Entonces, me surgió, no sé de dónde, decirle “Tu hijo y Dios son una misma cosa”. Me escuché decir eso.

José, el padre del niño, nos preguntó por nuestro origen y quiso saber cómo nos enteramos de este lugar.

-Venimos de diferentes regiones de Persia -expliqué-, aunque sólo Baltasar tiene ascendencia persa.

Le conté que Gaspar es descendiente de árabes, y que mis abuelos provenían de India, y por eso el color oscuro de mi piel. Volví a mencionar lo de la estrella misteriosa y los cálculos de Gaspar para dar con la dirección que seguimos.

La casa en que vivía José con otras familias era humilde y pobre, lo cual nos venía bien, después de todo, era lo que requeríamos sin saberlo. Conversamos muchas más cosas, hablando principalmente en griego y en árabe, y una mezcla de idiomas, tratando de darnos a entender. Nos contaron muchas cosas entretenidas y tomamos buen vino. Cuando hablamos de los pormenores del largo viaje que acabábamos de realizar, a José le llamó la atención cuando mencioné los ojos de aguja que están al lado de las puertas, en pleno desierto, para entrar a algunas ciudades.

-Las personas podemos pasar fácilmente por esas pequeñas aberturas, que se llaman ojo de aguja -expliqué-, pero para los camellos resulta imposible.

José me ayudó a interpretar mi sueño de anoche. En ese sueño me veía en una ciudad extraña y entré en una casa en que no vivía nadie. La recorrí y salí, pensando volver. José me preguntó qué sentía, y cuando le respondí algo parecido a lo que las personas sienten, me ayudó a ver que un sueño es un viaje a mi interior, a conocerme, a entenderme cada vez un poco más.

También hablamos de Jesús.

-Es tu hijo, pero también es tu Señor, tu Dios -le dije a José, atendiendo a ese conocimiento nuevo que me había surgido de manera misteriosa, y creo que esa frase le quedó sonando y lo impresionó.

Pienso que el rey no entiende de qué se trata esto. Él es, simplemente, un hombre adicto al poder y que no querrá que nadie intente siquiera restarle una gota de potestad.

-Tienes que andarte con cuidado -advertí a José-, pues nadie sabe qué pretenderá hacer Herodes en contra de Jesús cuando el niño vaya creciendo.

Durante el camino de vuelta voy pensando muchas veces en lo que me habló José, respecto a mi sueño, y en lo que yo mismo me escuché decirle a él, “es tu hijo y es tu Dios”. Me emociona el cambio que se produjo en mi manera de mirar los acontecimientos, y que fue ciertamente milagroso. Este enorme viaje a adorar a un niño, y más aún, su presencia que me interpela con ternura, fue algo vital para mí. Rescaté a mi propio niño, por tantos años encerrado en mí, como en una cárcel. Tuve una transformación que me ha hecho querer a ese niño que llevo dentro.

13.- José en Egipto

Sólo los camellos de la caravana estaban tan frescos como al principio. Por lo menos, ya podíamos considerarnos a salvo. Habíamos llegado a un importante pueblo de Egipto. Como era muy de noche tuvimos que cobijarnos donde pudimos. Un sacerdote gentil nos acogió en su casa que se encuentra al lado de un templo atestado de ídolos. Fue lo único que pudimos lograr, y allí nos recibieron con los brazos abiertos, debo reconocer eso. Yo me sentía muy raro en un lugar así, y María también. La mujer del sacerdote nos habilitó el que sería nuestro cuarto. Lo primero que pensé fue que a primera hora del día siguiente nos iríamos muy rápido de ese lugar. Era tal nuestro cansancio que nos dormimos tan pronto como terminamos de comer lo que nos sirvieron.

Al alba siguiente desperté temprano y me quedé un rato pensando en esa necesidad que tuvimos de dejar nuestra patria, sin saber por cuánto tiempo sería. Hasta hace muy poco estábamos en Belén, en casa de unos parientes, pasando unos días antes de irnos a Nazaret. Jesús ya tiene varios meses de edad. En realidad, está próximo a cumplir un año y emite algunos sonidos de conversación, como queriendo hablar. Recordé la llegada de los magos, con sus turbantes, la que ocurrió un día cualquiera. Usaban vestimentas finísimas, collares de oro, y costosos anillos en los dedos. Además, traían regalos para Jesús. En aquel instante María estaba preparando el almuerzo, así que agregé ingredientes para invitar a nuestros inesperados y amistosos visitantes.

Los magos observaban todo y conversaban entre ellos, entusiasmados, intercambiando opiniones. Menos mal que sé algo de griego, y pudimos comunicarnos, aunque no sin dificultad. Me llamó la atención que eran personas llanas a aceptar lo que no ven los ojos. Yo les hacía muchas preguntas, de dónde venían, cómo es allá, cómo supieron que nacería un niño. Pude darme cuenta de la amistad que han hecho los tres en este viaje. También conversamos acerca de las siniestras intenciones que atribuíamos a Herodes.

-Siendo como es un tirano sanguinario, además de atemorizado, no podemos esperar nada bueno de él -les advertí.

Temimos que en algún momento futuro pudiere atentar contra el niño. Ese niño, que era un enviado. Empezamos a pensar en movilizarnos para la seguridad de Jesús, pues los magos nos sugirieron alejarnos de Jerusalén. Y se fueron de vuelta al Oriente dando un rodeo para no pasar por esa ciudad. Recuerdo que les regalé unas figuritas de madera, de ésas que hago.

En esos pensamientos estaba cuando tuve que volver a la realidad, pues ya era hora de levantarme a tomar desayuno con nuestro hospedador, quien después nos llevó a conocer el templo. Por su tamaño y sus dependencias, era un verdadero palacio, casi una pequeña ciudad entera. Encontré asombroso que personas tan buenas estuvieran en una devoción así, que yo consideraba tan negativa. Cómo podían tener esas imágenes de divinidades, era algo que no me podía explicar. Creo que la fuerza del Altísimo es inmensa, ya que puede volver buenas a las personas aunque estén equivocadas en su percepción de Él. Sentí amor por esta gente. Sí. ¿Por qué no puedo sentirlo, aunque adoren ídolos? Nos invitaron con tanto cariño que decidí quedarnos ahí un par de días, ya que nos recibieron con generosidad. Durante esos días, que después se alargaron a dos semanas, me dediqué a observar el culto que efectuaban estas personas, que me parecía blasfemo.

También tuve mucho tiempo para jugar con Jesús. Y para reflexionar acerca de la manera cómo llegamos a este insólito lugar. Con María, habíamos decidido adelantar el viaje a Nazaret y eliminar de nuestros planes la pasada por Ein Karem, que previamente dispusimos para despedirnos de Isabel y Zacarías, además del pequeño Juan. Al escuchar a los magos y sus aprensiones, desistimos de hacer esa visita, y más aún, tuve un sueño aquella noche, que me volvió a cambiar los planes. Soñé con un camello que me miraba como invitándome a seguirlo. Después venía a mí. Casi sonreía el pobre animal. De pronto se hincó para tomar pasajero. Y me miraba. Y yo no le hice caso. Hasta que se paró, dio un par de vueltas a mi alrededor y partió lentamente. Cada cierto trecho giraba su cabeza hacia mí. En cierto instante, el camello se cambió por un faraón, que me hacía señas con la mano para que lo siguiera. Intenté seguirlo. No me decidía, y en eso, desapareció.

Yo estaba solo en el desierto. Caminé en la dirección que me habían indicado, apenas un par de pasos, y me encontré con un niño que lloraba en el suelo. Eso es todo lo que recuerdo del sueño.

Ya de antes, había estado reconsiderando incluso la decisión de ir a Galilea. Por lo demás, no se me ocurría dónde, pero en ese momento lo supe con certeza. Egipto estaba apareciendo como el destino. Y era perfectamente viable. Sí, sin duda, valía la pena intentarlo. Le di vuelta a la idea un par de horas, y empecé a preparar el viaje. Le dije a María que iríamos a Egipto, y a Josetos le pedí que él volviera a Nazaret y que no le contara nada a nadie, excepto a mi suegra. Me habría gustado venir con Josetos a Egipto porque con él me habría sido más fácil esconder a Jesús si nos detenía alguna patrulla. En cambio, podía despertar sospechas.

No me fue difícil partir rápido, siendo tan pobres, no había mucho que llevar, ni que dejar arreglado antes de irnos. Salimos un día de madrugada, con María y el niño. Logré reunir dos burros, para llevar sólo lo indispensable. Ibamos con cautela porque era una aventura descabellada, y a la vez, una necesidad imperiosa. Necesitamos mirar mucho a Jesús para tener fuerzas y seguir adelante.

Habría tomado el camino de Emaús, pero era demasiado transitado. Preferí ir por el sur hacia Hebrón, donde está la sepultura de Abraham, y de ahí hacia Ascalón, en la costa. Durante el trayecto nos encontraron otros viajeros, y seguimos juntos un buen trecho. Así nos sentíamos más seguros en los campamentos que hacíamos para dormir.

Después de la primera semana de viaje María estaba muy cansada. A mí me dio solamente sed. En cierto momento detuve la marcha, bajé a María del burro y la ayudé a acomodarse bajo una palmera, tan alta que la sombra quedaba a varios metros de distancia, a esa hora. Desde la sombra mirábamos lo alto de la palmera y nos ilusionábamos con sus frutos. Suerte tuvimos. Una pequeña brisa fue suficiente para remover la copa de la palmera y dejar caer un coco. Pudimos comer y beber de ese fruto que llegó en forma tan oportuna. Con María le cantábamos a nuestro hijo, recordando el viaje a Belén, antes de que naciera.

Ahora, en Egipto, Jesús jugaba con un niño de pocos años, hijo de uno de los sacerdotes. Según decían, este niño estaba poseído por espíritus malignos, pues se desnudaba y salía a tirarle piedras a la gente. No hallaban qué hacer con él.

Una vez que María lo vio así, quiso cubrirlo y le puso lo primero que pilló, un pañal de Jesús. El niño no puso muy buena cara. Lloró y pataleó un rato hasta que se durmió. Entonces, María se lo llevó a su madre, y después de eso, nunca más dio problemas. Los sacerdotes se dieron cuenta que Jesús tenía algo especial, y nos tomaron afecto.

Poco a poco, una amistad se establecía entre nosotros y esta familia que nos acogió. No entiendo por qué el Altísimo nos ha traído hasta acá, una casa adoradora de ídolos en Matarieh, ciudad egipcia cerca de Heliópolis. Y eso, después de una larga travesía que continuó a orillas de uno de los brazos de salida del Nilo, por varias jornadas, viniendo aguas arriba. En cierto sector del camino vimos a lo lejos las pirámides, eso fue una vista digna de admiración.

Durante nuestra estadía en casa del sacerdote ocurrió algo notable. Hubo un fuerte temblor, con un ruido estruendoso y un movimiento atroz. El sismo causó destrucción en el pueblo, principalmente en las casas más pobres. Algunas personas resultaron heridas, y todas quedaron con tanto miedo, que en la noche no querían dormir. Dentro de la casa en que estamos no fue tanto, pero se fueron al suelo varias de las estatuas del templo, las que quedaron destruidas. Tuve la

tentación de pensar que, después de todo, había una ira divina, que había desatado las fuerzas de la naturaleza para destruir los ídolos. Después de un rato recapacité, pues esa gente era buena.

Dentro de un determinado ídolo vivía, supuestamente, cierto espíritu, y los egipcios le presentaban ofrendas. Un sacerdote habitaba cerca del ídolo, y el espíritu rebelde le hablaba desde dentro de la estatua, cada vez que los egipcios querían interrogar a sus dioses. En el terremoto, este personaje de piedra quedó dañado con una fisura, de arriba a abajo, y ahora emitía un gemido en la mañana cuando empezaba a calentar el sol. Los sacerdotes lo interpretaron como una expresión de dolor divino.

Me dio pena el sufrimiento de estos sacerdotes y sus familias, que nos habían tratado tan bien. Hasta ayudé a levantar nuevamente lo que se pudo. No podía negarme a reparar algunos ídolos. Que mi Dios me perdone. Y con mis herramientas me esforcé por arreglar todo lo que estaba roto, como por ejemplo, un pedestal de madera que se había quebrado.

Finalmente, fue bueno actuar así porque ellos saben de mi reticencia, por no decir intolerancia, y al ver que yo la he vencido, se están interesando en conocer a mi Dios.

(fin de la tercera parte.

Continuará)